PARABOLA DE LA ANTIGUA TRISTEZA DE PINTAR

POR LUIS ROSALES

NO LO COMPRENDE. *No puede comprenderlo. Y la tristeza se le hace cada día más convulsiva y familiar, y llama a su mujer, y, cuando ella se encuentra a su lado, sume una y otra vez su rostro entre la arena exhausta de las manos, mientras pronuncia estas palabras como enterrándolas también y para siempre en el silencio de ella: «Pero, Concha, ¿por qué?... Dime, ¿por qué, por qué?» Y Concha calla y calla, y le quiere aniñar como si todo fuera un sueño, y vuelve a resignarle la cabeza en su regazo, hasta que aquel silencio de los dos se hace un solo latido, se hace un solo dolor, tan inhumanamente desesperanzado, tan presente, que empieza a dar consuelo.*

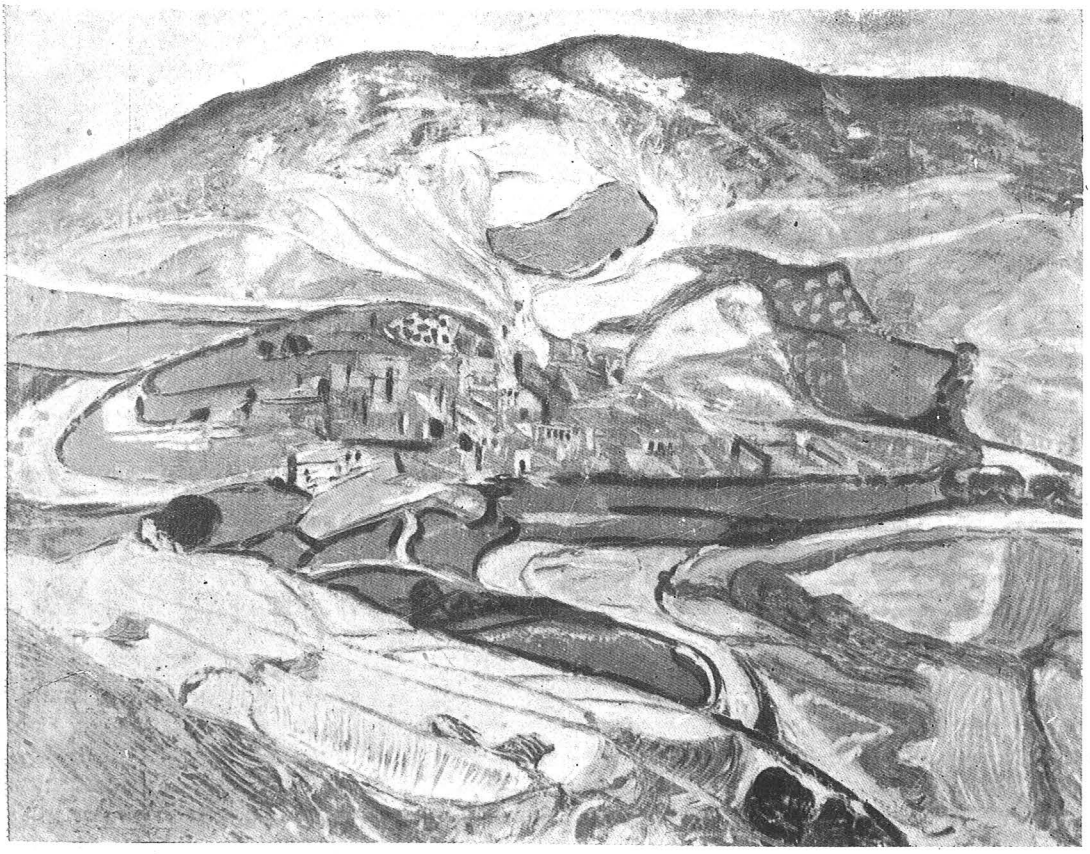
Y quizá pasan años, y quizá sigue sin comprender para qué sirve en nuestro mundo la vocación artística, y quizá un día sale a la calle para buscar alguna certidumbre, para saber que no se engaña, para saber que no se ha equivocado de vivir. Durante aquellos años ha seguido pintando con esa torturada lucidez que da sólo la angustia, y ha hecho su técnica más problemática cada vez, pero también más simple, más ingenua. A fuerza de dolor y de ahincamiento ha aprendido que la simplicidad es el verdadero heroísmo del artista. Mas la simplicidad no da dinero. La gente—y aún más la gente de dinero—no es sencilla. Sus cua-

dros, todos los años, siguen siendo unánimemente rechazados en los certámenes oficiales. Y andando andando entre las calles de la vida, se ha encontrado a un amigo que también es pintor. Este amigo se llama Rosendo Vegetal. Es bueno, tiene cincuenta años, y una cierta seriedad tan famélica y testamentaria que, cuando pasea, parece que va firmando una partida de defunción sobre la acera de la calle. Y al verle, inexplicablemente, se le renueva la esperanza.

El quizá se lo pueda explicar. El lo debe de saber. El también ha debido sufrir. La incomprensión nos daña más que ninguna otra cosa, porque nos hace sentir nuestra propia personalidad como un calzado que se nos queda chico. Cuando nos sentimos incomprendidos, la personalidad se torna dolorosa. No existe para el hombre dolor más consuntivo. Para librarse de él, y acaso sin saberlo, se han abrazado nuestros pintores. «Pero ¿por qué, Rosendo, dime; por qué, por qué?» Pero Rosendo no lo sabe. No lo puede saber. Rosendo Vegetal no tiene todavía sino cincuenta años. Rosendo Vegetal pinta siempre en ayunas, y, además, es tan pobre, tan pobre todavía, *que cuando tiene una opinión, engorda. Y como no lo sabe, no lo dice; pero comienza a caminar con él, cumpliendo hambres, cumpliendo años. Ambos saben que sienten demasiado dolor para un corazón solo.*

Mas la amistad no basta cuando no conocemos el sentido de nuestra vida, cuando se nos encona sobre la vocación una sola pregunta: «Pero ¿por qué, por qué, por qué?» Y han vuelto a pasar años, esos años de la vejez que nos parecen residuarios y como desandados. Ya no son dos los que caminan juntos. Tal vez son muchos; tal vez son todos. Hombro con hombro van para sentir el calor de los cuerpos; hombro con hombro van arrebañados y pasivos. Siguen mandando cuadros a no se sabe dónde. Y con ellos caminan también, innumerables y polvorientos, los cuadros rechazados. Nadie puede cansarse y descansar, porque la angustia no permite descanso. Y nadie les contesta a sus preguntas, y ahora no pasan años, sino días, que tal vez son más largos, más desiertos aún que aquellos años anteriores. Y han llegado a la cumbre de la vida por fin, y en un repliegue imprevisto encuentran un edificio iluminado y suntuoso. En su portada hay un letrero. Dice así: «Sanatorio Municipal para la Vocación Artística.» Rosendo Vegetal hace un supremo esfuerzo y se adelanta a sus compañeros. En el zaguán hay un portero. No sabe estar en pie. Tiene barba y librea. Rosendo le pregunta atropelladamente: «Señor porte-

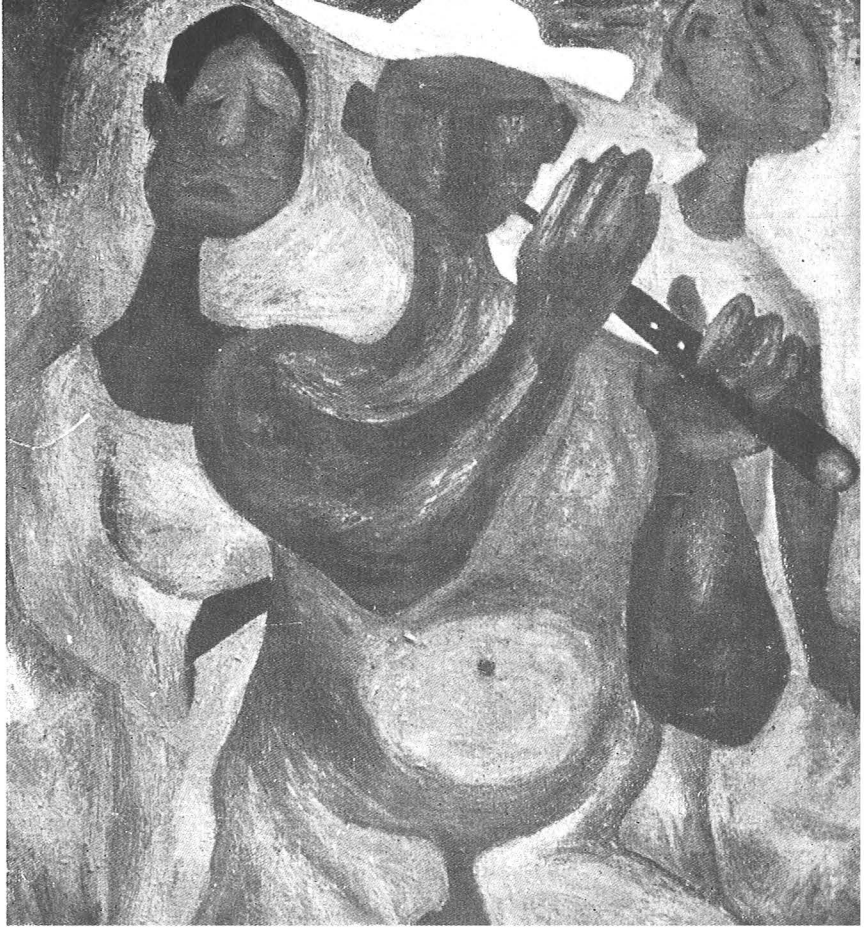
I.ª EXPOSICION BIENAL HISPANOAMERICANA DE ARTE

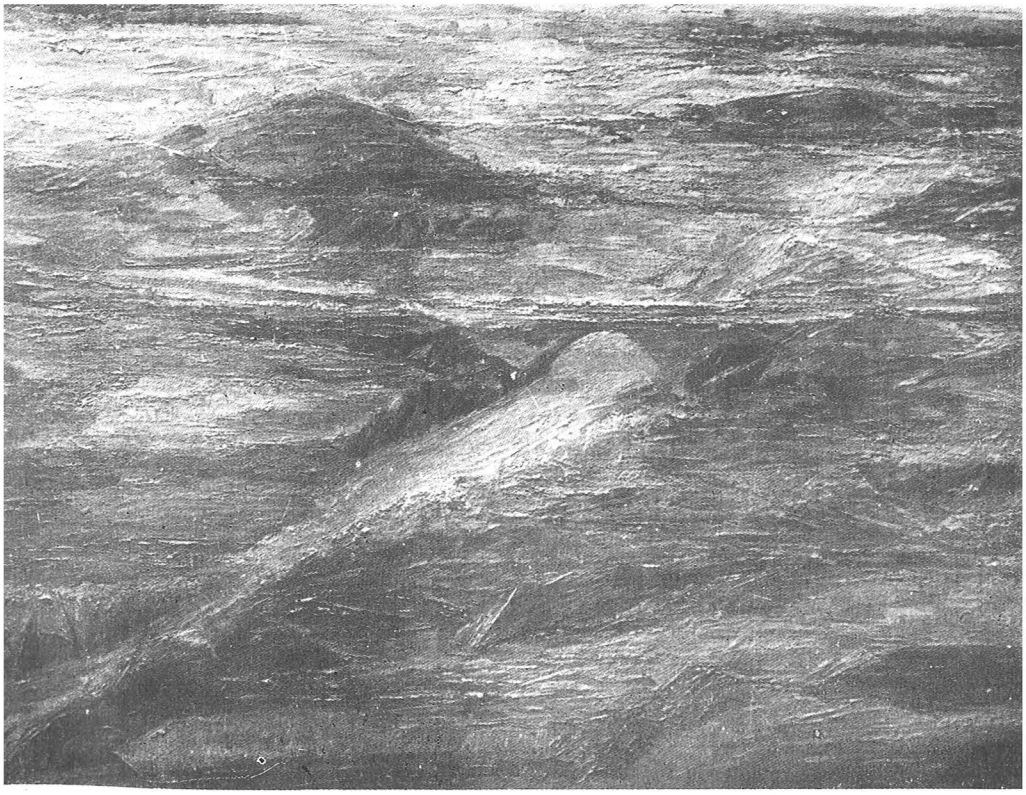


Palencia: *Campos de Castilla.*

Vázquez Díaz: *Retrato de toda una vida.*

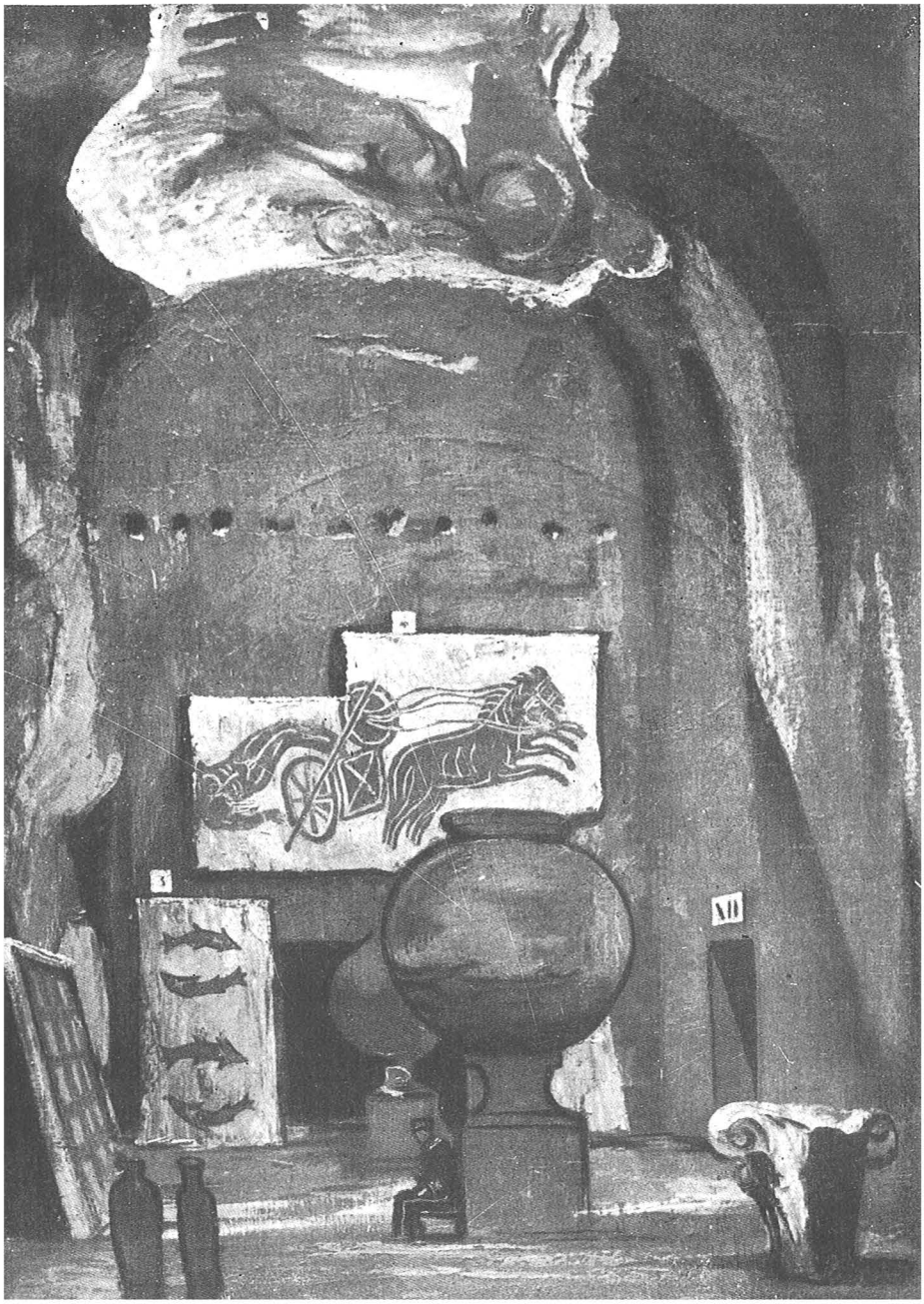
Suro :
El joven músico.
(fragmento)





Caneja :

El puente.



Vaquero : *Las Termas de Caracalla.*

ro, usted es el único en el mundo que puede contestarnos. Dígame: ¿por qué hemos sido artistas? ¿Por qué hemos fracasado, por qué, por qué, por qué?» Hay un silencio, donde la vida de Rosendo se intensifica tanto que llega a hacerse más corta aún que una sola palabra. El portero se ha levantado; se ha hecho más alto que su sombra. Señala con el dedo, inexorablemente, una puerta pequeña y estrechísima, allá en el fondo del pasillo. «No puedo decir nada. No sé nada. Allí se lo dirán: ES EL ESCALAFÓN.»

Cuando le abrieron, por fin, aquella puerta, Rosendo Vegetal había dejado de existir. Ahora sus cuadros están en el Museo de Arte Moderno.

CONVIENE PRECISAR

NOBLEZA OBLIGA

Al fin y al cabo, no todo aquel que nos ha sido hostil consiguió nuestra enemistad. Por tanto, y en relación con alguno de nuestros mejores enemigos, necesario es decir que, si nos duele su equivocación, no dejamos de estimar su quijotismo.